

HOMILÍA XVI DOMINGO DEL TIEMPO ORDINARIO CICLO “B”

El Señor es mi Pastor nada me puede faltar

I.- LAS LECTURAS

*** Profeta Jeremías 23, 1-6.** Así dice el Señor: “Reuniré el resto de mis ovejas y les pondré pastores que las pastoreen; ya no temerán ni se espantarán, y ninguna se perderá”. Jesucristo es el pastor anunciado por Dios a través del profeta Jeremías. ¡Acojámoslo como nuestro buen pastor!

*** Salmo Responsorial 22.** Con el salmista recemos este salmo que tanta paz produce: “El Señor es mi pastor, nada me puede faltar. Aunque camine por cañadas oscuras nada temo porque Tú vas conmigo. Tu vara y tu callado me sosiegan”

*** Carta de San Pablo a los Efesios 2, 13-18.** “Jesucristo es nuestra paz, él ha hecho de los dos pueblos una sola cosa, derribando el muro que los separaba: el odio”. El Señor nos envía a todos a construir un mundo y una sociedad más fraterna, más humana, en la que no haya odios, descartes de personas ni de pueblos...

*** Evangelio según San Marcos 6, 30-34.** “Jesús, al ver una multitud grande, sintió pena y lástima porque andaban como ovejas sin pastor. Y se puso a enseñarles con calma”. Jesús no se muestra indiferente ante el dolor y el sufrimiento de los demás. Escucha el clamor de los sufrientes y cura sus heridas...

II.- SUGERENCIAS PARA LA HOMILÍA

1.- Venid conmigo a un sitio tranquilo.

Esta es la primera llamada que nos hace el Señor en este domingo. Debemos buscar espacios y tiempos para estar sin prisas con el Señor, para escuchar su palabra sin agobios, para dejarnos curar las heridas de nuestro cuerpo y de nuestra alma por el Señor, para consentir con gozo que el Espíritu Santo nos renueve y transforme.

El Señor nos ha elegido para que estemos con Él. Es la dimensión mística del discípulo de Jesús. Esta dimensión mística es la oración, que es don y regalo de Dios que debemos acoger con un corazón limpio, sencillo, humilde... Recordemos las enseñanzas de San Pablo: “Y de igual manera, el Espíritu viene en ayuda de nuestra flaqueza. Pues nosotros no sabemos pedir como conviene; mas el Espíritu mismo intercede por nosotros con gemidos inefables” (Rm.8,26).

La oración es una dimensión constitutiva de la identidad del cristiano ya que por la oración nos ponemos en comunicación con el Padre por Jesucristo en el Espíritu Santo. No nos dejemos llevar por la rutina, la inercia en la oración...

2.- Una multitud de personas busca al Señor

Muchísimas personas buscan a Jesús. Han descubierto en Él al Hijo de Dios hecho hombre que nos acoge con misericordia, que nos escucha con amor, que nos perdona con generosidad, que nos ayuda y nos da esperanza, que cura las heridas de nuestro cuerpo y perdona nuestros pecados...

Cuando ve la multitud, Jesús no huye ni se esconde, no se inquieta ni se impacienta, sino que siente lástima de ellos hasta el punto de que “se le conmueven las entrañas” porque andaban como ovejas sin pastor.

Jesús dedica su tiempo de descanso a los demás, los acoge, los escucha y les enseña los caminos de Dios... Jesús ha venido a este mundo para que todos tengan vida y vida en abundancia.

Así es el Corazón de Jesús: bueno, acogedor, humilde, misericordioso, compasivo, lleno de mansedumbre. Él nos dice: “venid a Mí los que estáis cansados y agobiados, y yo os aliviaré. Poned mi yugo

sobre vosotros y aprended de mí, que soy sencillo y humilde de corazón. Así encontraréis descanso para vuestro espíritu” (Mt.11,28-29).

3.- Jesús los enseñaba con calma

Jesús es el Maestro por excelencia. Con su palabra y el testimonio de su vida, Jesús enseñaba a todos: “Si yo que soy vuestro Maestro y Señor...” (Jn.13,14). Jesús manifiesta que las profecías del AT se cumplen en Él: “El Espíritu del Señor está sobre mí.... Esta Escritura que acabáis de oír, se ha cumplido hoy” (Lc.4,18.21).

Jesús es el Dador de la vida verdadera. Sus palabras eran palabras de vida. San Pedro le dijo a Jesús: “¿A quién vamos a acudir? Tú tienes palabras de vida eterna, y nosotros creemos y sabemos que tú eres el Santo de Dios” (Jn.6,68-69).

Recordemos las palabras del Autor de la Carta a los Hebreos: “de una manera fragmentaria y de muchos modos habló Dios en el pasado a nuestros Padres por medio de los profetas; en estos últimos tiempos nos ha hablado por medio del Hijo, a quien instituyó heredero de todos, por quien también hizo los mundos, el cual siendo resplandor de su gloria e impronta de su esencia...” (Heb.1,1-3).

Las parábolas son un ejemplo de la inmensidad de las Palabras de Jesús (Lc.15). Nos quedamos impresionados por estas parábolas de Jesús. Es el momento de leer y meditar sin prisas estas parábolas y de descubrir su enseñanza y el mensaje que nos transmiten. Nos hará mucho bien.

Los judíos escuchaban sus palabras y quedaban maravillados y sobrecogidos. Las palabras de Jesús llegaban al alma, traspasaban el corazón, suscitaban admiración, provocaban conversión...

María Magdalena reconoce a Jesucristo resucitado por “el timbre de su voz” (Jn.20,16). El Resucitado se da a conocer por medio de signos. A María Magdalena la llama por su nombre, y María lo reconoce por su voz.

También había otros judíos que dieron la espalda a Jesús y no lo escuchaban...No querían que Jesús denunciase sus pecados, ni que les revelase los designios del Padre...No acogían las palabras de Jesús que los invitaban a “convertirse ante la llegada inminente del Reino de Dios” (Mc.1,15).

III.- APLICACIONES PARA NOSOTROS

1.- Estar con Jesús

¡Estar con Jesús!
¡Queremos ver a Jesús!
¡Queremos estar con Jesús!

Es el grito que surge y brota en nuestro corazón de discípulo de Cristo.
En este momento, es bueno y necesario responder a esta pregunta: ¿qué es la oración?

La oración del cristiano tiene estas dimensiones:

- adoración al Padre por Cristo en el Espíritu
- acción de gracias a Dios por la vida, por la fe, por el estado de vida y por el carisma que cada uno haya recibido...
- intercesión ante Dios por los necesitados, los enfermos, los excluidos...
- petición por las necesidades de la humanidad y por nuestras propias necesidades..

Les invito a todos a que vayamos a Jesús y le pidamos: “¡Señor! enséñanos a rezar como rezas Tú”.

Recordemos cómo rezaba Jesús:

- **Abba – Padre** -----Jesús es Hijo de Dios
- **Aquí estoy** -----Encarnación redentora
- **Por ellos** -----Pro-existencia
- **Para gloria de tu Nombre**-----Glorificación del Padre

Al contemplar a Jesús como orante nos sentimos pobres...Por eso le pedimos hoy y siempre: “Señor, enséñanos a rezar como rezabas Tú”.

Cuando vamos a la Iglesia no olvidemos que el Templo es “casa de oración”, lugar de encuentro con el Señor. Por eso debemos guardar silencio, recogimiento... Todos necesitamos el silencio de los demás...para que podamos ser de verdad personas orantes y formemos de verdad una comunidad creyente y orante.

Es triste ver con alguna frecuencia que en la Iglesia no se guarda el suficiente silencio y recogimiento...Así no existe un ambiente propicio y favorable para la oración...

No es edificante ver que en la celebración de determinados actos religiosos se dé la impresión de estar ante un “acto social con poco fondo religioso”.

Entre todos podemos hacer de nuestra Iglesia una verdadera casa de oración...

2.- “Vayamos a un sitio tranquilo”

Como a los primeros discípulos también a nosotros hoy el Señor nos invita a ir a un sitio tranquilo para estar con Él, para escuchar su voz, para dialogar con Él...

Respondamos al Señor con generosidad. ¡Vayamos con Jesús!

En medio de tantos ruidos, preocupaciones, sensaciones... necesitamos espacios donde podamos redescubrir el sentido profundo de la vida, de las personas, de las cosas, de los acontecimientos...para evitar la mirada superficial ante las personas, ante la vida...

No nos conformemos con “el pensamiento débil” que es incapaz de plantearse los grandes interrogantes del ser humano: ¿quién soy yo?, ¿de dónde vengo? ¿a dónde voy? ¿qué sentido tiene la vida? ¿qué va a ser de mí cuando muera?, y, por lo tanto, de responder a ellos.

3.- Atendamos a los sufrientes

Jesús acogió a la multitud sufriente.

Ante el sufrimiento y el dolor que experimentan tantos seres humanos, no favorezcamos la “globalización de la indiferencia”, antes bien escuchemos el clamor de los pobres, de los enfermos, de los abandonados, de los excluidos...descubriendo en ellos el grito de Jesucristo (cf. Mt.25) y respondiendo con amor, justicia, generosidad....a esas personas sufrientes.

No pasemos por el mundo volviendo el rostro ante tantos seres humanos que sufren a causa del hambre, de la persecución, de la violencia, de la falta de trabajo, de casa.....

No nos mostremos indiferentes ante tantos pueblos que desfilan de hambre...

IV.- DE LA PALABRA A LA EUCARISTÍA

Enseñanzas del Concilio Vaticano II:

“La Liturgia, por cuyo medio “se ejerce la obra de nuestra redención”, sobre todo en el divino sacrificio de la Eucaristía, contribuye en sumo grado a que los fieles expresen en su vida, y manifiesten a los demás, el misterio de Cristo y la naturaleza auténtica de la verdadera Iglesia.

Es característico de la Iglesia ser, a la vez, humana y divina, visible y dotada de elementos invisibles, entregada a la acción y dada a la contemplación, presente en el mundo y, sin embargo, peregrina, y todo esto de suerte que en ella lo humano esté ordenado y subordinado a lo divino, lo visible a lo invisible, la acción a la contemplación y lo presente a la ciudad futura que buscamos (cf. Heb.13,14)” (SC 2).

V.- DE LA EUCARISTÍA A LA MISIÓN

El Señor nos envía al mundo para anunciar a todos los hombres el Evangelio, para comunicar a todos que “Dios los ama”, para invitar a todos a convertirse, para abrir sendas de esperanza a todos los pueblos de la tierra, para transformar este mundo en un hogar donde todos podamos vivir en paz como hijos de Dios y como hermanos.

Es necesario salir a las calles y plazas para anunciar a Jesucristo a todos los hombres y mujeres del mundo.

“Salir de sí mismos para ir a las periferias existenciales (...) Hay toda una humanidad que espera: personas que han perdido toda esperanza, familias en dificultad, niños abandonados, jóvenes sin futuro alguno, enfermos y ancianos abandonados, ricos hartos de bienes y con el corazón vacío, hombres y mujeres en busca del sentido de la vida, sedientos de lo divino....” (Carta del Papa a los Consagrados”; 21-XI-2014; II,4)

.....

- * Encomendemos al Señor los frutos del viaje pastoral del Papa Francisco a tierras de Ecuador, Bolivia y Paraguay.**
- * Participemos en los trabajos de nuestro Sínodo diocesano.**
- Oremos por él. Promovamos “grupos sinodales”.**

Terminamos. Unidos en la oración
Cáceres 13 de julio de 2015

Florentino Muñoz Muñoz

EN EL AÑO DE LA VIDA CONSAGRADA

A todos los consagrados

Papa Francisco dice en su “Carta apostólica a todos los consagrados” con ocasión del Año de la Vida Consagrada (21-11-2014):

1. «“Id al mundo entero”, fue la última palabra que Jesús dirigió a los suyos, y que sigue dirigiéndonos hoy a todos nosotros (cf. Mc 16,15). Hay toda una humanidad que espera» (II, 4).

La pregunta a la que aquí se da respuesta es: ¿cómo se encarna concretamente en la vida consagrada el **MANDATO MISIONERO** que el Señor ha dejado a su Iglesia, como tarea de permanente validez y urgencia?

2. «La Iglesia [...] está llamada a hacer presente en la sociedad la levadura del Reino de Dios y lo hace ante todo con su testimonio, el testimonio del amor fraterno, de la solidaridad, del compartir» (II, 1e).

Un testimonio que se hace paradigmático en aquellas personas, y en este caso, en aquellos consagrados y consagradas, que dicen “sí” a la **VOCACIÓN MISIONERA**, para llevar la Buena Noticia a todas las gentes.

3. «Cada Instituto viene de una rica historia carismática. En sus orígenes se hace presente la acción de Dios que, en su Espíritu, llama a algunas personas a seguir de cerca a Cristo, [...] a responder creativamente a las necesidades de la Iglesia» (I, 1a).

Precisamente en orden a atender las necesidades evangelizadoras ad gentes, el Espíritu Santo suscita una gran riqueza de **CARISMAS MISIONEROS** en la vida consagrada.

DISCURSOS DEL PAPA
FRANCISCO EN PARAGUAY
JULIO - 2015

El Santo Padre en la Catedral de la Asunción, en Paraguay

Palabras del Pontífice tras la oración de las Vísperas

“Qué lindo es rezar todos juntos las vísperas. ¿Cómo no soñar con una iglesia que refleje y repita la armonía de las voces y del canto en la vida cotidiana? Y lo hacemos en esta Catedral, que tantas veces ha tenido que comenzar de nuevo; esta catedral es signo de la Iglesia y de cada uno de nosotros: a veces las tempestades de afuera y de adentro nos obligan a tirar lo construido y empezar de nuevo, pero siempre con la esperanza puesta en Dios; y si miramos este edificio, sin duda no los ha defraudado a los paraguayos. Porque Dios nunca defrauda. Y por eso le alabamos agradecidos.

La oración litúrgica, su estructura y modo pausado, quiere expresar a la Iglesia toda, esposa de Cristo, que intenta configurarse con su Señor. Cada uno de nosotros en nuestra oración queremos ir pareciéndonos más a Jesús.

La oración hace emerger aquello que vamos viviendo o deberíamos vivir en la vida cotidiana, al menos la oración que no quiere ser alienante o solo preciosista.

La oración nos da impulso para poner en acción o revisarnos en aquello que rezábamos en los salmos: somos nosotros las manos del Dios «*que alza de la basura al pobre*» (Sal 112,7) y somos nosotros los que trabajamos para que la tristeza de la esterilidad se convierta en la alegría del campo fértil. Nosotros que cantamos que «*vale mucho a los ojos del Señor la vida de los fieles*», somos los que luchamos, peleamos, defendemos la valía de toda vida humana, desde la concepción hasta que los años son muchos y las fuerzas pocas.

La oración es reflejo del amor que sentimos por Dios, por los otros, por el mundo creado; el mandamiento del amor es la mejor configuración con Jesús del discípulo misionero. Estar apegados a Jesús da profundidad a la vocación cristiana, que interesada en el «hacer» de Jesús –que es mucho más que actividades– busca asemejarse a Él en todo lo realizado. La belleza de la comunidad eclesial nace de la adhesión de cada uno de sus miembros a la persona de Jesús, formando un «conjunto vocacional» en la riqueza de la diversidad armónica.

Las antífonas de los cánticos evangélicos de este fin de semana nos recuerdan el envío de Jesús a los doce. Siempre es bueno crecer en esa conciencia de trabajo apostólico en comunión. Es hermoso verlos colaborando pastoralmente, siempre desde la naturaleza y función eclesial de cada una de las vocaciones y carismas. Quiero exhortarlos a todos ustedes, sacerdotes, religiosos y religiosas, laicos y seminaristas, obispos, a comprometerse en esta colaboración eclesial, especialmente en torno a los planes de pastoral de las diócesis y la misión continental, cooperando con toda su disponibilidad al bien común. Si la división entre nosotros provoca la esterilidad (cf. *Evangelii gaudium* 98-101), no cabe duda que de la comunión y la armonía nacen la fecundidad, porque son profundamente consonantes con el Espíritu Santo.

Todos tenemos limitaciones, y ninguno puede reproducir en su totalidad a Jesucristo, y si bien cada vocación se configura principalmente con algunos rasgos de la vida y la obra de Jesús, hay algunos comunes e irrenunciables. Recién hemos alabado al Señor porque «*no hizo alarde de su categoría de Dios*» (Flp 2,6) y esa es una característica de toda vocación cristiana: no hizo alarde de su categoría de Dios. El llamado por Dios no se pavonea, no anda tras reconocimientos ni aplausos pasatistas, no siente que subió de categoría ni trata a los demás como si estuviera en un peldaño más alto.

La supremacía de Cristo es claramente descrita en la liturgia de la Carta a los Hebreos; nosotros acabamos de leer casi el final de esa carta: «*Hacernos perfectos como el gran pastor de las ovejas*» (Hb 13,20), y esto supone asumir que todo consagrado se configura con Aquel que en su vida terrena, «*entre ruegos y súplicas, con poderoso clamor y lágrimas*» alcanzó la perfección cuando aprendió, sufriendo, qué significaba obedecer; y eso también es parte del llamado.

Terminemos de rezar nuestras vísperas; el campanario de esta Catedral fue rehecho varias veces; el sonido de las campanas antecede y acompaña en muchas oportunidades nuestra oración litúrgica: *hechos de nuevo* por Dios cada vez que rezamos, *firmes* como un campanario, *gozosos* de repicar las maravillas de Dios, compartamos el *Magnificat* y lo dejemos al Señor hacer, que Él haga a través de nuestra vida consagrada, grandes cosas en el Paraguay.

El Papa Francisco en el Santuario de Caccupé, en Paraguay

“Estar aquí con ustedes es sentirme en casa, a los pies de nuestra Madre la Virgen de los Milagros de Caacupé. En un santuario los hijos nos encontramos con nuestra Madre y entre nosotros recordamos que somos hermanos. Es un lugar de fiesta, de encuentro, de familia. Venimos a presentar nuestras necesidades, venimos a agradecer, a pedir perdón y a volver a empezar. Cuántos bautismos, cuántas vocaciones sacerdotales y religiosas, cuántos noviazgos y matrimonios nacieron a los pies de nuestra Madre. Cuántas lágrimas y despedidas. Venimos siempre con nuestra vida, porque acá se está en casa y lo mejor es saber que hay alguien que nos espera. Como tantas otras veces, hemos venido porque queremos renovar nuestras ganas de vivir la alegría del Evangelio.

Cómo no reconocer que este santuario es parte vital del pueblo paraguayo, de ustedes. Así lo sienten, así lo rezan, así lo cantan: «En tu Edén de Caacupé, es tu pueblo Virgen pura que te da su amor y fe». Y estamos hoy como el Pueblo de Dios, a los pies de nuestra Madre a darle nuestro amor y fe.

En el Evangelio acabamos de escuchar el anuncio del Ángel a María que le dice: **«Alégrate, llena de gracia. El Señor está contigo»**. Alégrate, María, alégrate. Frente a este saludo, ella, quedó desconcertada y se preguntaba qué quería decir. No entendía mucho lo que estaba sucediendo. Pero supo que venía de Dios y dijo «sí». **María es la madre del «sí». Sí, al sueño de Dios, sí al proyecto de Dios, sí a la voluntad de Dios.** Un «sí» que, como sabemos, no fue nada fácil de vivir. Un «sí» que no la llenó de privilegios o diferencias, sino que, como le dirá Simeón en su profecía: «A ti una espada te atravesará el corazón» (Lc 2,35). Y ¡vaya que se lo atravesó! Por eso la queremos tanto y encontramos en ella una verdadera Madre que nos ayuda a mantener viva la fe y la esperanza en medio de situaciones complicadas.

Siguiendo la profecía de Simeón nos hará bien repasar brevemente tres momentos difíciles en la vida de María.

1. El nacimiento de Jesús. «No había un lugar para ellos» (Lc 2,7). No tenían una casa, una habitación para recibir a su hijo. No había espacio para que pudiera dar a luz. Tampoco familia cercana, estaban solos. El único

lugar disponible era una cueva de animales. Y en su memoria seguramente resonaban las palabras del Ángel: »Alégrate María, el Señor está contigo». Y ella podía haberse preguntado: ¿Dónde está ahora?

2. La huida a Egipto. Tuvieron que irse, exiliarse. Allí no solo no tenían un espacio, ni familia, sino que incluso sus vidas corrían peligro. Tuvieron que marcharse e ir a tierra extranjera. Fueron migrantes perseguidos por la codicia y la avaricia del emperador. Y allí podría haberse preguntado: ¿Dónde está lo que me dijo el Ángel?

3. La muerte en la cruz. No debe existir situación más difícil para una madre que acompañar la muerte de un hijo. Son momentos desgarradores. Ahí vemos a María, al pie de la cruz, como toda madre, firme, sin abandonar, acompañando a su Hijo hasta el extremo de la muerte y muerte de cruz. Y allí también podía haberse preguntado ¿dónde está lo que me dijo el Ángel? Y luego conteniendo y sosteniendo a los discípulos.

Contemplamos su vida, y nos sentimos comprendidos, entendidos. Podemos sentarnos a rezar y usar un lenguaje común frente a un sinfín de situaciones que vivimos a diario. Nos podemos identificar en muchas situaciones de su vida. Contarle de nuestras realidades porque ella las comprende.

Ella es mujer de fe, es la Madre de la Iglesia, ella creyó. Su vida, es testimonio de que Dios no defrauda, que Dios no abandona a su Pueblo, aunque existan momentos o situaciones que parecen que Él no está. Ella fue la primera discípula que acompañó a su Hijo y sostuvo la esperanza de los apóstoles en los momentos difíciles. Estaban cerrados con no sé cuántas llaves, de miedo, en el Cenáculo.

Fue la mujer que estuvo atenta y supo decir –cuando parecía que la fiesta y la alegría se terminaba–: «no tienen vino» (Jn 2,3).

Fue la mujer que supo ir y estar con su prima «unos tres meses» (Lc 1,56) para que no estuviera sola en su parto.

Esa es nuestra madre, así de buena, así de generosa, así de acompañadora en nuestra vida.

Todo esto lo sabemos por el Evangelio, pero también sabemos que, en esta tierra, es la Madre que ha estado a nuestro lado en tantas situaciones

difíciles. Este Santuario, guarda, atesora, la memoria de un pueblo que sabe que María es Madre y ha estado y está al lado de sus hijos.

Ha estado y está en nuestros hospitales, en nuestras escuelas, en nuestras casas. Ha estado y está en nuestros trabajos y en nuestros caminos. Ha estado y está en las mesas de cada hogar. Ha estado y está en la formación de la Patria, haciéndonos Nación. Siempre con una presencia discreta y silenciosa. En la mirada de una imagen, estampita o medalla. Bajo el signo de un rosario, sabemos que no vamos solos, que ella nos acompaña.

¿Por qué? Porque María quiso estar en medio de su Pueblo, con sus hijos, con su familia. Siguiendo siempre a Jesús, desde la muchedumbre. No quiso, como buena madre abandonar a los suyos, sino por el contrario, siempre se metió en donde un hijo pudiera estar necesitando de ella. Tan solo, porque es Madre.

Una Madre que aprendió a escuchar y a vivir en medio de tantas dificultades de aquel: «No temas, el Señor está contigo» (cf. *Lc* 1,30). Una madre que continúa diciéndonos: «Hagan lo que Él les diga» (*Jn* 2,5). Es su invitación constante y continúa: «Hagan lo que Él les diga». No tiene un programa propio, no viene a decirnos nada nuevo, más bien, le gusta estar callada, tan solo su fe acompaña nuestra fe.

Ustedes lo saben, han hecho experiencia de esto que estamos compartiendo. Todos ustedes, todos los paraguayos tienen la memoria viva de un Pueblo que ha hecho carne estas palabras del Evangelio. Y quisiera referirme de modo especial a ustedes mujeres y madres paraguayas, que con gran valor y abnegación, han sabido levantar un País derrotado, hundido, sumergido por una guerra inícuca. Ustedes tienen la memoria, la genética de aquellas que reconstruyeron la vida, la fe, la dignidad de su Pueblo. **Como María, han vivido situaciones muy pero muy difíciles**, que desde una lógica común sería contraria a toda fe. Ustedes al contrario, al igual que María, impulsadas y sostenidas por la Virgen, siguieron creyentes, inclusive «esperando contra toda esperanza» (*Rm* 4,18). Cuando todo parecía derrumbarse, junto a María se decían: No temamos, el Señor está con nosotras, está con nuestro Pueblo, con nuestras familias, hagamos lo que Él nos diga. Y allí encontraron ayer y encuentran hoy la fuerza para no dejar que esta tierra se desmadre. Dios bendiga ese tesón, Dios bendiga y aliente la fe de ustedes, Dios bendiga a la mujer paraguaya, la más gloriosa de América.

Como Pueblo, hemos venido a nuestra casa, a la casa de la Patria paraguaya, a escuchar una vez más, esas palabras que tanto bien nos hacen: «Alégrate, el Señor está contigo». Es un llamado a no perder la memoria, a no perder las raíces, los muchos testimonios que han recibido de pueblo creyente y jugado por sus luchas. Una fe que se ha hecho vida, una vida que se ha hecho esperanza y una esperanza que los lleva a primerear en la caridad. Sí, al igual que Jesús, primereen en el amor. Sean ustedes los portadores de esta fe, de esta vida, de esta esperanza. Ustedes paraguayos sean forjadores de este hoy y mañana.

Volviendo a mirar la imagen de María los invito a decir juntos: «*en tu Edén de Caacupé, es tu pueblo Virgen pura que te da su amor y fe*». Todos juntos. Rueda por nosotros, Santa Madre de Dios, para que seamos dignos de alcanzar las promesas y gracias de nuestro Señor Jesucristo. Amén.

Texto completo del discurso del Papa a las autoridades civiles de Paraguay

"Señor Presidente
Autoridades de la República
Miembros del Cuerpo diplomático
Señoras y señores:

Saludo cordialmente a Vuestra Excelencia, Señor Presidente de la República, y le agradezco las deferentes palabras de bienvenida y de afecto que me ha dirigido, en nombre también del gobierno, de las altas magistraturas del Estado y del querido pueblo paraguayo. Saludo también a los distinguidos miembros del Cuerpo diplomático y, a través de ellos, hago llegar mis sentimientos de respeto y aprecio a sus respectivos países.

Un «gracias» especial para todas las personas e instituciones que han colaborado con esfuerzo y dedicación en la preparación de este viaje y a que me sienta en casa. Y no es difícil sentirse en casa en esta tierra tan acogedora. Paraguay es conocido como el corazón de América, y no sólo por la posición geográfica, sino también por el calor de la hospitalidad y cercanía de sus gentes.

Ya desde sus primeros pasos como nación independiente, y hasta épocas muy recientes, la historia de Paraguay ha conocido el sufrimiento terrible de la guerra, del enfrentamiento fratricida, de la falta de libertad y de la conculcación de los derechos humanos. ¡Cuánto dolor y cuánta muerte! Pero es admirable el tesón y el espíritu de superación del pueblo paraguayo para rehacerse ante tanta adversidad y seguir esforzándose por construir una Nación próspera y en paz. Aquí –en el jardín de este palacio que ha sido testigo de la historia paraguaya: desde cuando sólo era ribera del río y lo usaban los guaraníes, hasta los últimos acontecimientos contemporáneos– quiero rendir tributo a esos miles de paraguayos sencillos, cuyos nombres no aparecerán escritos en los libros de historia, pero que han sido y seguirán siendo verdaderos protagonistas de su pueblo. Y quiero reconocer con emoción y admiración el papel desempeñado por la mujer paraguaya en esos momentos tan dramáticos de la historia, de modo especial, esa guerra inicua que llegó a destruir casi la fraternidad de nuestro pueblo. Sobre sus hombros de madres, esposas y viudas, han llevado el peso más grande, han sabido sacar adelante a sus familias y a su

País, infundiendo en las nuevas generaciones la esperanza en un mañana mejor. Dios bendiga a la mujer paraguaya, la más gloriosa de América.

Un pueblo que olvida su pasado, su historia, sus raíces, no tiene futuro, es un pueblo seco.

La memoria, asentada firmemente sobre la justicia, alejada de sentimientos de venganza y de odio, transforma el pasado en fuente de inspiración para construir un futuro de convivencia y armonía, haciéndonos conscientes de la tragedia y la sinrazón de la guerra. ¡Nunca más guerras entre hermanos! ¡Construyamos siempre la paz! También una paz del día a día, una paz de la vida cotidiana, en la que todos participamos evitando gestos arrogantes, palabras hirientes, actitudes prepotentes, y fomentando en cambio la comprensión, el diálogo y la colaboración.

Desde hace algunos años, Paraguay se está comprometiendo en la construcción de un proyecto democrático sólido y estable. Es justo reconocer con satisfacción lo mucho que se ha avanzado en este camino gracias al esfuerzo de todos, aun en medio de grandes dificultades e incertidumbres. Los animo a que sigan trabajando con todas sus fuerzas para consolidar las estructuras e instituciones democráticas que den respuesta a las justas aspiraciones de los ciudadanos. La forma de gobierno adoptada en su constitución: «democracia representativa, participativa y pluralista», basada en la promoción y respeto de los derechos humanos nos aleja de la tentación de la democracia formal que *Aparecida* definía como la que se «contentaba con estar fundada en la limpieza de los procesos electorales» (cf. *Aparecida* 74). Esa es una democracia formal.

En todos los ámbitos de la sociedad, pero especialmente en la actividad pública, **se ha de potenciar el diálogo como medio privilegiado para favorecer el bien común, sobre la base de la cultura del encuentro, del respeto y del reconocimiento de las legítimas diferencias y opiniones de los demás.** No hay que detenerse en lo conflictivo, la unidad siempre es superior al conflicto; es un ejercicio interesante decantar en el amor a la patria, en el amor al pueblo, toda perspectiva que nace de las convicciones de una opción partidaria o ideológica. Y en ese mismo amor tiene que ser el impulso para crecer cada día más en gestiones transparentes y que luchan impetuosamente contra la corrupción. Sé que existe una firme voluntad para desterrar hoy la corrupción.

Queridos amigos, en la voluntad de servicio y de trabajo por el bien común, los pobres y necesitados han de ocupar un lugar prioritario. Se están haciendo muchos esfuerzos para que Paraguay progrese por la senda del crecimiento económico. Se han dado pasos importantes en el campo de la educación y la sanidad. Que no cese el esfuerzo de todos los actores sociales, hasta que no haya más niños sin acceso a la educación, familias sin hogar, obreros sin trabajo digno, campesinos sin tierras que cultivar y tantas personas obligadas a emigrar hacia un futuro incierto; que no haya más víctimas de la violencia, la corrupción o el narcotráfico. **Un desarrollo económico que no tiene en cuenta a los más débiles y desafortunados, no es verdadero desarrollo. La medida del modelo económico ha de ser la dignidad integral de la persona, especialmente la persona más vulnerable e indefensa.**

Señor Presidente, queridos amigos. En nombre también de mis hermanos Obispos del Paraguay, deseo asegurarles el **compromiso y la colaboración de la Iglesia católica en el afán común por construir una sociedad justa e inclusiva, en la que se pueda convivir en paz y armonía.** Porque todos, también los pastores de la Iglesia, estamos llamados a preocuparnos por la construcción de un mundo mejor (cf. *Evangelii gaudium*, 183). Nos mueve a ello la certeza de nuestra fe en Dios, que quiso hacerse hombre y, viviendo entre nosotros, compartir nuestra suerte. Cristo nos abre el camino de la misericordia, que asentado sobre la justicia, va más allá, y alumbra la caridad, para que nadie se quede al margen de esta gran familia que es el Paraguay, al que aman y quieren servir.

Con la inmensa alegría de encontrarme en esta tierra consagrada a la Virgen de Caacupé, y quiero recordar también especialmente a mis hermanos paraguayos de Buenos Aires, de mi anterior diócesis, ellos tienen la parroquia de la Virgen de los Milagros de Caacupé, imploro la bendición del Señor sobre todos ustedes, sobre sus familias y sobre todo el querido pueblo paraguayo. Que Paraguay sea fecundo, como lo indica la flor de la pasiflora en el manto de la Virgen y como esa cinta con los colores paraguayos que tiene la imagen, así se abraza a la Madre de Caacupé. Muchas gracias".

Texto distribuido por la Sala de Prensa del Vaticano

Dos millones de fieles despiden al Papa en la misa de Ñu Guazú, la última en Paraguay

Homilía del Papa

«El Señor nos dará la lluvia y nuestra tierra dará su fruto», así dice el Salmo (84,13). Esto estamos invitados a celebrar, esa misteriosa comunión entre Dios y su Pueblo, entre Dios y nosotros. La lluvia es signo de su presencia en la tierra trabajada por nuestras manos. Una comunión que siempre da fruto, que siempre da vida. Esta confianza brota de la fe, saber que contamos con su gracia, que siempre transformará y regará nuestra tierra.

Una confianza que se aprende, que se educa. Una confianza que se va gestando en el seno de una comunidad, en la vida de una familia. Una confianza que se vuelve testimonio en los rostros de tantos que nos estimulan a seguir a Jesús, a ser discípulos de Aquel que no decepciona jamás. El discípulo se siente invitado a confiar, se siente invitado por Jesús a ser amigo, a compartir su suerte, a compartir su vida. «A ustedes no los llamo siervos, los llamo amigos porque les di a conocer todo lo que sabía de mi Padre» (Jn 15,15). Los discípulos son aquellos que aprenden a vivir en la confianza de la amistad. El Evangelio nos habla de este discipulado. Nos presenta la cédula de identidad del cristiano. Su carta de presentación, su credencial. Jesús llama a sus discípulos y los envía dándoles reglas claras y precisas. Los desafía con una serie de actitudes, comportamientos que deben tener. No son pocas las veces que nos pueden parecer exageradas o absurdas; actitudes que sería más fácil leerlas simbólicamente o «espiritualmente». Pero Jesús es bien preciso, es bien claro. No les dice: «Hagan como que» o «hagan lo que puedan». Recordémoslas juntos: «No lleven para el camino más que un bastón; ni pan, ni alforja, ni dinero... permanezcan en la casa donde les den alojamiento» (cf. Mc 6,8-11). Parecería algo imposible. Podríamos concentrarnos en las palabras: «pan», «dinero», «alforja», «bastón», «sandalias», «túnica». Y es lícito. Pero me parece que hay una palabra clave, que podría pasar desapercibida. Una palabra central en la espiritualidad cristiana, en la experiencia del discipulado: hospitalidad. Jesús como buen maestro, pedagogo, los envía a vivir la hospitalidad. Les dice: «Permanezcan donde les den alojamiento». Los envía a aprender una de las características fundamentales de la comunidad creyente. Podríamos decir que cristiano es aquel que aprendió a hospedar, a alojar. Jesús, no los envía como poderosos, como dueños, jefes, cargados de leyes,

normas; por el contrario, les muestra que el camino del cristiano es transformar el corazón. Aprender a vivir de otra manera, con otra ley, bajo otra norma. Es pasar de la lógica del egoísmo, de la clausura, de la lucha, de la división, de la superioridad, a la lógica de la vida, de la gratuidad, del amor. De la lógica del dominio, del aplastar, manipular, a la lógica del acoger, recibir, cuidar. Son dos las lógicas que están en juego, dos maneras de afrontar la vida, la misión.

Cuántas veces pensamos la misión en base a proyectos o programas. Cuantas veces imaginamos la evangelización en torno a miles de estrategias, tácticas, maniobras, artimañas, buscando que las personas se conviertan en base a nuestros argumentos. Hoy el Señor nos los dice muy claramente: en la lógica del Evangelio no se convence con los argumentos, con las estrategias, con las tácticas, sino aprendiendo a alojar. La Iglesia es madre de corazón abierto que sabe acoger, recibir, especialmente a quien tiene necesidad de mayor cuidado, que está en mayor dificultad. La Iglesia es la casa de la hospitalidad. Cuánto bien podemos hacer si nos animamos a aprender el lenguaje de la hospitalidad, del acoger. Cuántas heridas, cuánta desesperanza se puede curar en un hogar donde uno se pueda sentir recibido. Hospitalidad con el hambriento, con el sediento, con el forastero, con el desnudo, con el enfermo, con el preso (cf. Mt 25,34-37) con el leproso, con el paralítico. Hospitalidad con el que no piensa como nosotros, con el que no tiene fe o la ha perdido. Hospitalidad con el perseguido, con el desempleado. Hospitalidad con las culturas diferentes, de las cuales esta tierra es tan rica. Hospitalidad con el pecador. Tantas veces nos olvidamos que hay un mal que precede a nuestros pecados. Hay una raíz que causa tanto pero tanto daño, que destruye silenciosamente tantas vidas. Hay un mal, que poco a poco, va haciendo nido en nuestro corazón y «comiendo» nuestra vitalidad: la soledad. Soledad que puede tener muchas causas, muchos motivos. Cuánto destruye la vida y cuánto mal nos hace. Nos va apartando de los demás, de Dios, de la comunidad. Nos va encerrando en nosotros mismos. Por eso, lo propio de la Iglesia, de esta madre, no es principalmente gestionar cosas, proyectos, sino aprender a vivir la fraternidad con los demás. Es la fraternidad acogedora el mejor testimonio que Dios es Padre, porque «de esto sabrán todos que ustedes son mis discípulos, si se aman los unos a los otros» (Jn 13,35).

De esta manera Jesús, nos abre a una nueva lógica. Un horizonte lleno de vida, de belleza, de verdad, de plenitud. Dios nunca cierra los horizontes, Dios nunca es pasivo a la vida y al sufrimiento de sus hijos. Dios nunca se deja ganar en generosidad. Por eso nos envía a su Hijo, lo dona, lo entrega, lo comparte; para que aprendamos

el camino de la fraternidad, del don. Es definitivamente un nuevo horizonte, es definitivamente una nueva Palabra para tantas situaciones de exclusión, disgregación, encierro, de aislamiento. Es una Palabra que rompe el silencio de la soledad. Y cuando estemos cansados o se nos haga pesada la evangelización es bueno recordar que la vida que Jesús nos propone, responde a las necesidades más hondas de las personas, porque todos hemos sido creados para la amistad con Jesús y el amor fraterno (cf. *Evangelii gaudium* 265). Hay algo que es cierto, no podemos obligar a nadie a recibirnos, a hospedarnos; es cierto y es parte de nuestra pobreza y de nuestra libertad. Pero también es cierto que nadie puede obligarnos a no ser acogedores, hospederos de la vida de nuestro Pueblo. Nadie puede pedirnos que no recibamos y abracemos la vida de nuestros hermanos especialmente los que han perdido la esperanza y el gusto por vivir. Qué lindo es imaginarnos nuestras parroquias, comunidades, capillas, lugares donde están los cristianos, como verdaderas centros de encuentro entre nosotros y con Dios.

La Iglesia es madre, como María. En ella tenemos un modelo. Alojar, como María, que no dominó ni se adueñó de la Palabra de Dios sino que, por el contrario, la hospedó, la gestó, y la entregó. Alojar como la tierra que no domina la semilla, sino que la recibe, la nutre y la germina. Así queremos ser los cristianos, así queremos vivir la fe en este suelo paraguayo, como María, alojando la vida de Dios en nuestros hermanos con la confianza, con la certeza que: «El Señor nos dará la lluvia y nuestra tierra dará su fruto»